

8 de agosto de 2021, 19º domingo "B"

1 Reyes 19:4-8; Ef 4:30-5:2; Juan 6:41-51

Homilía

Elías es una figura fascinante en la Biblia. Uno de los grandes profetas, fue un hombre de acción más que de palabras. No creo que las Escrituras registren un solo discurso suyo. Era un místico, un solitario del gran desierto oriental. El Espíritu de Dios lo movía constantemente de un lugar a otro: Fenicia, el monte Horeb, el torrente de Kerit, el palacio del rey Acab, el Jordán... Su misión estaba ligada a todos los movimientos de la historia de su pueblo. Y en todas partes hablaba a través de sus acciones.

También era un ardiente defensor de Yahvé y estaba dispuesto a matar a todos los sacerdotes de Baal, esos enemigos de Dios, para demostrar la autenticidad de su misión. En el Libro de los Reyes, éste era precisamente el relato que precedía al que hemos escuchado como primera lectura. Después de eso, la reina Jezabel está furiosa y quiere matarlo. Así que Elías, este gran profeta lleno de ardor, se asusta y huye por su vida. Descubre que es un hombre como cualquier otro: un hombre débil, incluso cobarde. Huye al desierto y, tras un día de camino, no puede más. Quiere morir y le dice a Dios (esta es la historia que acabamos de leer): "¡Basta, Señor! Toma mi vida; ¡no soy mejor que mis padres!"

La desesperación de Elías no era diferente a la situación desesperada que el pueblo de Israel enfrentó en Egipto cuando el Faraón amenazó con exterminarlos. La situación de Elías resume lo que el Pueblo había experimentado en el pasado; y su liberación se hará eco de la de ellos. Su peregrinación no se convierte en un viaje hacia la oscuridad de la noche, sino hacia la luz del día. Así como Dios intervino para salvar a su pueblo de la esclavitud, también interviene para salvar a Elías de la desesperación. Estamos asistiendo a un mini-Éxodo.

Esta es la primera vez que Elías experimenta su debilidad, su miedo, su pecado. A continuación, recibe del Ángel de Dios el pan que le permitirá continuar su viaje en el desierto, hacia el monte Horeb, donde se encontrará con Dios (simbólicamente, en dirección contraria, el viaje realizado por el Pueblo de Israel durante sus cuarenta años en el desierto, desde el monte Horeb). El pan recibido por Elías es obviamente el símbolo de la Eucaristía, al igual que el maná mencionado en las lecturas del domingo pasado. Otra figura de la

Eucaristía es, obviamente, lo que dice Jesús en el Evangelio de hoy: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo".

Símbolo de la peregrinación del pueblo de Israel, su peregrinación es también el prototipo de la nuestra. No es cuando estamos seguros de nuestras virtudes y de la verdad que creemos poseer, cuando experimentamos a Dios; sino cuando todo parece desmoronarse bajo nuestros pies -y esto ocurre alguna vez en la vida-, cuando las virtudes que creíamos tener se evaporan, cuando nuestras verdades son cuestionadas, cuando Dios comienza a actuar.

La primera lección que podemos aprender de estos textos es que no nos encontramos con Dios ni entramos en una relación personal con Él cuando estamos seguros de que somos buenos, y desde luego no cuando nos creemos mejores que los demás o -peor aún- cuando estamos dispuestos a eliminar -de una forma u otra- a quienes consideramos enemigos de Dios o de los nuestros. ¡No! Para entrar en una relación personal con Dios debemos, como Elías, descubrir nuestra debilidad, nuestra necesidad de curación, es decir, de conversión.

Entonces podremos recibir la Eucaristía como pan de vida, un pan que nos permitirá continuar nuestra travesía por el desierto. Cuando recibimos este pan, lo hacemos no sólo para renovar nuestras fuerzas, sino también y sobre todo para expresar nuestra fe en Jesús, que dijo: *"el pan que daré es mi carne para la vida del mundo"*. Hagamos de nuestra comunión de hoy un acto de fe.